

San Alfonso M.^a de Ligorio

DIOS ES AMOR

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003 Sevilla

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ISBN: 84.7770-239-X

D.L.: Gr. 330-2002

Impreso en España

PRIMERA PARTE

Del amor del Padre al crearnos

I. *Te he amado con amor eterno, por eso te atraigo con bondad.* Hijo mío, dice Dios, te amé desde la eternidad y por el amor que te tuve quise manifestarte mi misericordia, sacándote de la nada. Así, pues, cristiano mío, Dios fue, entre todos tus amadores, el primero en amarte. Tus padres fueron en la tierra los primeros que te amaron, pero no te amaron sino después de conocerte. Antes, empero, de que tuvieras el ser, ya eras amado de Dios. No existían todavía en el mundo tu padre ni tu madre, y ya Dios te amaba, y aun antes de que existiera el mundo, ya eras amado de Dios. Y ¿cuánto tiempo antes de crearse el mundo te amaba

Dios? ¿Quizás desde mil años o mil siglos antes? No hay por qué hablar de años ni de siglos. Dios te amó desde la eternidad: *Te he amando con amor eterno*. Te ha amado desde que es Dios; desde que se amó a sí mismo te amó a ti. Este pensamiento hacía exclamar a la virgen Santa Inés: «He sido prevenida por otro amador». Cuando las criaturas pedían su amor, respondíales: «No, criaturas, no puedo preferiros a mi Dios, que fue el primero en amarme, y es justo, por tanto, que en mi amor le prefiera a todos.»

Por tanto, hermano mío, Dios te amó desde toda la eternidad y sólo por amor te creó, pudiendo haber creado tantos millones de hombres en tu lugar, dejándoles a ellos en la nada y por amor te dio el ser y puso en el mundo.

II. DIOS PADRE CREÓ POR NUESTRO AMOR, Y PARA QUE NOS SIRVIERAN, A TODAS ESTAS ADMIRABLES CRIATURAS. — Después, por tu amor creó tantas otras hermosas criaturas para que te sirvieran y recordasen el amor que te tuvo, y que tú le debes por gratitud. «El cielo y la tierra, exclamaba San Agustín, y todo cuanto existe, me dice que te ame». Cuando el santo mi-

raba el sol, las estrellas, los montes, los mares y los ríos hacíasele que todo le hablaba y decía: «Agustín, ama a Dios, pues Él nos ha creado para ti y para que le ames». El abad Rancé, fundador de la Trapa, cuando veía colinas, fuentes y flores, decía que todas estas criaturas le recordaban el amor que Dios le había profesado. Santa Teresa decía igualmente que las criaturas le reprochaban su ingratitud para con Dios. Santa María Magdalena de Pazzi no acertaba a tener en la mano una hermosa flor o un fruto sin sentir como traspasado el corazón por otras tantas saetas de amor a Dios, diciendo para sí: «¿Conque mi Dios pensó desde toda la eternidad en crear esta flor y esta fruta por mí y para que yo le amase?».

III. DIOS PADRE NOS DIO A SU HIJO PARA RESCATARNOS, Y, MOVIDO POR AMOR ESPECIAL A NOSOTROS, NOS HIZO PARTICIPANTES DE SUS MÉRITOS. — Además, el Padre Eterno, viendo que por nuestros pecados estábamos condenados al infierno, impulsado por el amor que nos tenía, mandó a su Hijo a la tierra a morir en cruz para librarnos del infierno y llevarnos consigo al paraíso: *Tanto amó Dios al mundo, que en-*

tregó a su Hijo unigénito (Jn. 3,16); amor que el Apóstol llama extremado: Por el extremado amor con que nos amó, aun cuando estábamos nosotros muertos por los pecados, nos vivificó con la vida de Cristo (Ef. 2,4-5).

Considera, además, el amor especial que te tuvo al hacer que nacieras en país cristiano y en el gremio de la verdadera Iglesia, que es la católica. ¡Cuántos nacen entre gentiles, entre judíos, entre moros...! Considera que, entre este número de desgraciados, pequeño es el número, apenas la décima parte, de los que tienen la ventura de nacer en regiones en que reine la verdadera fe. ¡Don excelso e inmenso el de la fe! ¡Cuántos millones viven en la incredulidad, sin sacramentos, sin predicación sin buenos ejemplos, sin ninguno de los medios de salvación que existen en nuestra Iglesia para salvarse! Y el Señor quiso concedernos todos estos preciosos auxilios sin mérito alguno propio, y hasta previendo nuestros deméritos, porque, cuando pensaba en crearlos y en dispensarnos tales mercedes, preveía ya nuestros pecados y las injurias que le habíamos de hacer.

Amor del Hijo al redimirnos

I. AMOR DE JESUCRISTO CONSIDERADO EN GENERAL EN EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN. — Peca Adán, nuestro primer padre, comiendo la fruta vedada, y es condenado el desgraciado a muerte eterna con todos nosotros, sus descendientes. Dios, viendo perdido al género humano, determina enviar un redentor para salvar a los hombres. ¿Quién obrará esta redención? ¿Será un ángel o un serafín? No, sino el mismo Hijo de Dios, sumo y verdadero Hijo de Dios, Dios como el Padre, es quien se brinda a bajar a la tierra para tomar carne humana y morir por la salvación de los hombres. ¡Oh estupor, oh prodigio del amor divino! «El hombre desprecia a Dios, escribe San Fulgencio, y se separa de Dios, y Dios baja a la tierra a buscar al hombre rebelde, por el amor que le tiene». Como nosotros no podíamos ir al Redentor, dice San Agustín, Él se dignó venir a nosotros. Y ¿por qué quiso Jesucristo venir a nosotros? Responde el mismo santo doctor que para darnos a comprender el amor que nos profesa.

II. DIVERSAS MANIFESTACIONES DE

ESTE AMOR. — *Se manifestó la bondad y amor de Dios a los hombres*, escribe el Apóstol. El texto griego lee: *El estupendo amor de Dios hacia los hombres*. San Bernardo escribe acerca de este mismo texto que antes de aparecer Dios en la tierra hecho hombre no podían los hombres llegar a comprender la grandeza de la divina bondad; por esto el Verbo eterno se revistió de carne humana, para que, viéndole los hombres semejante a ellos, se dieran cuenta de la grandeza de su amor a ellos, como dice San Bernardo explicando este texto de San Pablo: «Mientras no apareció la humanidad de Cristo, quedó oculta la bondad de Dios. En efecto, ¿cómo se nos mostró en toda su grandeza la divina bondad? El Verbo se encarnó precisamente para que merced a su humanidad se patentizara su benignidad».

1.º *Dios Hijo se hace hombre*. — Y, en realidad, ¿podía el Hijo del hombre darnos mayor prueba de amor y de ternura que hacerse hombre, es decir, hacerse gusano como nosotros para no vernos perdidos? ¿Qué cosa tan de maravillar fuera ver a un príncipe hecho gusano para salvar a los gusanos de su reino? Y ¿qué diremos al ver a un Dios hecho hombre como nosotros para

salvarnos de la muerte eterna? *Y el Verbo se hizo carne.* ¡Un Dios encarnado! Si no nos lo asegurara la fe, ¿quién lo podría creer? San Pablo añade: *Se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres.* El texto griego, en lugar de *se anonadó*, dice *se despojó* dándonos con esto a entender el Apóstol que el que estaba lleno de majestad y poderío divinos quiso reducirse a la condición humilde y débil de la humana naturaleza tomando la forma, es decir, la naturaleza, de siervo y haciéndose semejante a los hombres hasta en la forma exterior como cualquier hombre vulgar; y, con todo, nota aquí San Juan Crisóstomo, no era Él hombre ordinario, sino hombre y Dios a la vez. San Pedro de Alcántara, oyendo cierto día que un diácono cantaba las palabras de San Juan: *Y el Verbo se hizo carne*, sintióse transportado, gritó fuertemente y voló en éxtasis por los aires a través de la Iglesia hasta ponerse a los pies del Santísimo Sacramento.

2.º *Pasa la vida entre aflicciones y dolores.* — No se contentó el Verbo encarnado con hacerse hombre por amor a los hombres, sino que quiso este Dios enamorado

vivir como el último, el más vil y el más afligido de los hombres, como ya lo había predicho el profeta: *No tiene apariencia ni belleza para que nos fijemos en Él...; varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento.* Varón de dolores, sí, porque la vida de Jesucristo en la tierra estuvo llena de dolores. Fue criado por Dios expresamente para no vivir más que para el sufrimiento, y ello desde el nacimiento hasta la muerte.

3.º *Muere en cruz; manifestación que ha de excitar sobre todo nuestro amor.* — Vino entre los hombres para conquistarse su amor, como declaró Él mismo: *Fuego he venido a traer a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya estuviera ardiendo!* Quiso al fin de su vida darnos las mayores pruebas del amor que nos tenía: *Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.* De aquí que no sólo se humillara hasta morir por nosotros, sino que quisiera escogerse la muerte más amarga y afrentosa entre todos los géneros de muerte: *Se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* A los ojos de los judíos; morir en cruz equivalía a morir maldito y vituperado de todos: *Un colgado es objeto de maldición divina.*

Pues así quiso acabar la vida nuestro Redentor, muriendo avergonzado en la cruz, entre la tempestad de ignominias y de dolores que había predicho David: *He llegado hasta el fondo de las aguas, y las olas me anegan.*

4.º *Se da a cada uno de nosotros en la Sagrada Eucaristía.* — En esto hemos conocido la caridad, dice San Juan, en que Él dio su vida por nosotros. Y, a la verdad, ¿cómo pudiera Dios demostrarnos mejor su amor que muriendo por nosotros? Y ¿cómo será posible ver a un Dios muerto en cruz por nuestro amor y luego dejar de amarlo? *Porque el amor de Cristo nos apremia.* Con estas palabras nos da a entender San Pablo que lo que más nos apremia y fuerza a amar a Jesucristo no es tanto lo que hizo y padeció, sino el amor que con ello nos manifestó. *Por todos murió, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó.*

Más aún, para conquistar por completo nuestro amor, después de haber dado la vida por todos, quiso hacerse alimento de cada uno: *Tomad y comed: éste es mi cuerpo.* Y si la fe no nos lo enseñara, ¿quién lo pudiera creer?

Pero de este prodigio del amor divino en el Santísimo Sacramento hablaremos en otro capítulo, por lo que ahora pasaremos a explicar brevemente el punto tercero.

Amor del Espíritu Santo al santificarnos

I. EL ESPÍRITU SANTO, COMO DON DE AMOR DEL PADRE Y DEL HIJO, VIENE A NOSOTROS PARA INCENDIARNOS EL ALMA EN EL AMOR DIVINO. — El Padre Eterno, no contento con habernos dado a Jesucristo, su Hijo, para que nos salvase con su muerte, quiso darnos también el Espíritu Santo para que habitase en nuestras almas y las mantuviese continuamente incendiadas en santo amor. De aquí que Jesucristo, a pesar de todas las crueldades de los hombres con Él, olvidado de tanta ingratitud, después de su ascensión al cielo nos envió al Espíritu Santo para que con sus santas llamaradas nos incendiase en la divina caridad y obrara nuestra santificación. Por esto el Espíritu Santo, cuando bajó al Cenáculo, quiso aparecer en forma de lengua de fuego: *Y vieron aparecer lenguas como de fuego.* Por eso la Iglesia dirige aún a Dios esta plega-

ria: «Te rogamos, ¡oh Señor!, que nos inflame el Espíritu Santo con aquel fuego que nuestro Señor Jesucristo envió a la tierra, y en el que quiso incendiarnos». Éste fue el fuego sagrado que animaba a los santos a emprender grandes cosas por Dios, a amar a sus más crueles enemigos, a desear los desprecios, a despojarse de las riquezas y de los honores mundanos y hasta abrazarse alegremente con los tormentos y la muerte.

II. PARA UNIR NUESTRAS ALMAS A DIOS COMO UNE AL PADRE Y AL HIJO. — El Espíritu Santo es el lazo que une al Padre con el Hijo y el mismo que mediante el amor une nuestras almas con Dios, puesto que éste es el efecto del amor, como dice San Agustín: «La caridad es la virtud que une nuestras almas a Dios». Las cadenas del mundo son cadenas de muerte, en tanto que las cadenas del Espíritu Santo son cadenas de vida eterna, pues nos unen con Dios, que es nuestra verdadera y única vida.

III. PARA COMUNICARNOS SUS GRACIAS, MEDIANTE LAS QUE OBRAMOS EL BIEN, Y SOBRE TODO LA GRACIA DE LA ORACIÓN. — Recordemos también que somos

deudores al Espíritu Santo de cuantas luces, inspiraciones, llamadas divinas, hemos recibido; de los actos buenos que hemos ejecutado: de dolor de nuestros pecados, de confianza en la misericordia divina, de amor, de resignación, etc. Añade el Apóstol: *Y asimismo, también el Espíritu acude en socorro de nuestra flaqueza. Pues qué hemos de orar, según conviene, no lo sabemos; mas el Espíritu mismo interviene a favor nuestro con gemidos inefables* (Rm. 8,26). De modo que del Espíritu Santo proviene también la gracia de orar, y de orar bien, pues nosotros hasta ignoramos lo que habemos de pedir a Dios para salvarnos, y el Espíritu Santo es felizmente quien nos enseña a rogar.

PERORACIÓN: 1.º *Exhortación al amor de Dios.* — En una palabra, que toda la Santísima Trinidad quiso mostrarnos el amor que nos profesa Dios para que nosotros respondamos agradecidos con nuestro amor. San Bernardo decía: «Cuando ama Dios, lo único que pretende es ser amado». Justo es, por tanto, que amemos al Dios que fue el primero en amarnos y en obligarnos a amarlo con tanto género de finezas: *Nosotros amemos, porque Él*

primero nos amó. ¡Gran tesoro el del amor!; más aún: tesoro infinito porque nos granjea la amistad de Dios: Tesoro inagotable es para los hombres, y los que se hacen con él estrechan su amistad con Dios.

2.º Para ello, renunciemos a las criaturas. — Para poseer este precioso tesoro se impone que desprendamos del corazón todas las cosas terrenas. Santa Teresa escribía: «Despegue el corazón de todas las cosas, y busque y hallará a Dios». En el corazón lleno de tierra no halla lugar el amor divino. Pidamos, pues, siempre al Señor en nuestras oraciones, comuniones y visitas al Santísimo Sacramento que nos dé su santo amor, que acabará por hacernos perder el afecto a las cosas terrenas. «Cuando se quema la casa, decía San Francisco de Sales, arrójanse todos los muebles por las ventanas», con lo que nos quería dar a entender que el alma inflamada en el amor de Dios por sí misma se desprende de las cosas creadas. Y el P. Pablo Séñeri, el joven, solía decir que el amor divino es ladrón que se da maña para despojarnos de todos los afectos terrenos y nos hace repetir: «¿Qué más querría yo sino a Vos solo, Dueño mío?».

3.º El amor divino nos ayudará a sobre-

ponernos a todas las criaturas. — Fuerte como la muerte es el amor. Es decir, que así como no hay fuerza creada que resista a la muerte cuando ha sonado su hora, así para el alma amante de Dios no hay dificultad que no supere el amor. Cuando se trata de agradar al amado, el amor lo vence todo: dolores, pérdidas, humillaciones. «Nada hay tan duro, decía San Agustín, que no ceda al fuego del amor». Este amor hacía que los mártires, en medio de los tormentos, en los potros, en las parrillas ardientes, se alegraran y diesen gracias a Dios por hacerles participantes de sus sufrimientos, en lo que veían una señal del amor que los tenía. Y otros santos, cuando faltaban los tiranos que los atormentasen, ellos mismos se hacían tiranos de sí mismos agradando a Dios con los ayunos, mortificaciones y penitencias. Escribe San Agustín que, al hacer lo que se ama, no se experimenta trabajo, y si se experimenta se ama ese trabajo.

¡Cuán grande es el amor que nos manifestó Jesucristo!

I. EN SUS SUFRIMIENTOS Y EN SU MUER-

TE. 1.º *El amor fue la finalidad de sus sufrimientos.* — Dice San Agustín que Jesucristo vino a la tierra, para que el hombre conociera cuánto le amaba Dios. Vino, pues, para demostrarnos el inmenso amor que nos tiene su corazón, y se nos dio por completo, sometiéndose primero a todas las penalidades de esta vida, luego a la flagelación y a la coronación de espinas, como a todos los dolores e ignominias de la pasión, para terminar, finalmente, la vida abandonado de todos en el lecho infame de la cruz: *Nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.*

2.º *Sus sufrimientos son la prueba de este amor.* — Muy bien pudo Jesucristo salvarnos sin morir en la cruz y aun sin padecer. Para redimirnos, bastábale una sola gota de su sangre, una sencilla súplica dirigida al Eterno Padre, pues, con ser de infinito precio, bastaba para salvar al mundo y a miles de mundos; pero no, dice San Juan Crisóstomo, «lo que era suficiente a nuestra redención no era suficiente a su amor». Por lo tanto, para demostrarnos lo que nos amaba, no derramó parte tan sólo de su sangre, sino toda entera a puros tormentos. Esto significan las palabras de la noche anterior a su muerte: *Esta es mi sangre de la alian-*

za, que por muchos es derramada. La palabra *es derramada* denota que la sangre de Jesucristo en su pasión fue derramada por completo hasta la última gota, que por eso, cuando al expirar el Señor le abrió Longinos el costado con la lanza, salió sangre y agua, en prueba de que eran las últimas gotas de sangre que quedaban; de modo que Jesucristo pudo salvarnos sin padecer, y, sin embargo, se abrazó con una vida colmada de penalidades y quiso morir con la muerte cruel y afrentosa de cruz: *Se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Fil. 2,8).

3.º *No podía mostrarnos mayor amor. — Mayor amor que éste nadie le tiene: dar uno la vida por sus amigos* (Jn. 15,13). ¿Qué más podía hacer el Hijo de Dios para demostrarnos su amor que morir por nosotros? ¿Qué más puede hacer el amigo que morir por su amigo? Dime, hermano mío, si un criado tuyo, si el hombre más vil de la tierra hubiera hecho por ti lo que realmente hizo Jesucristo, muriendo de dolor en una cruz, ¿podrías recordarlo sin amarle?

Diríase que San Francisco de Asís no sabía pensar más que en la pasión de Jesucristo, y pensando en ella lloraba continua-

mente, hasta el punto de que por tantas lágrimas quedó casi ciego. Le hallaron un día llorando a las plantas del crucifijo y gimiendo a grandes voces; preguntada la causa de tanto gemir y llorar, respondió: «Lloro los dolores y las ignominias de mi Señor; y lo que más me hace llorar es que los hombres, por quienes tanto padeció, no lo quieren meditar».

Si se te ocurriera dudar, cristiano, si te ama o no Jesucristo, levanta los ojos y míralo pendiente de la cruz. ¡Ah!, exclamaba Santo Tomás de Villanueva, ¡qué pruebas del amor que nos tuvo son la cruz en que está clavado, los dolores interiores y exteriores que padece y la muerte amarguísima que soporta! ¿No oyes, preguntaba San Bernardo, cómo claman la cruz y las llagas para que oigas cuán verdaderamente te ha amado?

II. EN SÍ MISMO. — Dice San Pablo que no tanto la flagelación, la coronación de espinas, el camino doloroso del Calvario, la agonía de tres horas en la cruz y todos los demás sufrimientos de bofetadas, golpes, salivazos y demás injurias que padeció Jesucristo nos deben mover a amarlo cuanto el amor que nos mostró en querer padecer

tanto por nosotros. Este amor, dice el Apóstol, no sólo nos obliga, sino que en cierto sentido nos fuerza y violenta para que amemos a un Dios que tanto nos amó: *El amor de Cristo nos apremia*. San Francisco de Sales comenta así este texto: «Sabiendo que Jesucristo, verdadero Dios, nos amó hasta sufrir por nosotros muerte, y muerte de cruz, ¿no equivale a tener nuestros corazones prensados y sentirlos oprimidos por esa fuerza para que expriman el amor con una violencia que es a la vez fuerte y amable?».

1.º *Se manifestó por el deseo que tenía de morir por nosotros*. — Tal fue el amor en que se abrasaba por nosotros el enamorado corazón de Jesucristo, que no sólo quiso morir por nosotros, sino que durante toda su vida suspiró ardientemente por el día en que había de ir a la muerte por nuestro amor. Por esto mientras vivía no cesaba de repetir: *Con bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustias las mías hasta que se cumpla!* Habré de ser bautizado en mi pasión con el bautismo de mi propia sangre para lavar los pecados de los hombres, *¿y qué ansias las mías hasta que se cumpla!*, y ¡cómo me aguija, comenta San Ambrosio, el deseo de que llegue pronto el día de mi

muerte! Por esto en la noche anterior a su pasión decía a sus discípulos: *Con deseo deseé comer esta pascua con vosotros antes de padecer* (Lc. 22,15).

2.º *Este deseo fue llevado hasta el extremo.* — «Vimos, exclama San Lorenzo Justiniano, vimos al Hijo de Dios, a la misma Sabiduría, bajar hasta la locura por el excesivo amor que tuvo a los hombres». Esto precisamente es lo que decían los gentiles cuando se les predicaba la muerte de Jesucristo por amor a los hombres, pues la tomaban como una locura imposible de creerse; y por eso exclamaba el Apóstol: *Nosotros predicamos un Cristo crucificado: para los judíos, escándalo; para los gentiles, necedad* (1Cor. 1,23). Y en realidad, se decían, ¿cómo creer en un Dios felicísimo en sí mismo y sin necesidad de nadie que se haya querido encarnar y morir por amor de sus criaturas los hombres? Esto sería igual, añadían, que creer en un Dios enloquecido por amor a los hombres. «Pareció cosa de locura, dice San Gregorio, que el autor de la vida muriese por los hombres». Y, con todo, a pesar de lo que piensen y digan los paganos, es de fe que el Hijo de Dios quiso derramar toda su sangre para con

ella hacer un baño que lavase nuestras almas de sus pecados: *Nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre*. Razón tenían los santos para sentirse como anonadados de estupor al considerar el amor de Jesucristo. San Francisco de Paula, a la vista del crucifijo, no cesaba de exclamar: «¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Oh amor!».

III. AMOR CONSIDERADO EN LA SAGRADA EUCARISTÍA, DON SUPREMO DEL AMOR. — *Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*. Este amante Señor no se contentó con mostrarnos su amor muriendo por nosotros en cruz, sino que al fin de su vida quiso además dejarnos su misma carne por alimento de nuestras almas y de esta manera unirse a nosotros, exclamando: *Tomad, comed: éste es mi cuerpo*. Pero de este otro exceso de amor hablaremos en otra ocasión cuando tratemos más detenidamente del Santísimo Sacramento del altar. Pasemos ahora al punto 2.º.

Cuán obligados estamos a devolverle amor por amor

I. ESTA OBLIGACIÓN ES JUSTA: AMOR POR AMOR. — Quien ama quiere ser amado: San Bernardo dice: «Dios con su amor no quiere más que ser amado», y antes lo había dicho el mismo Redentor: *Fuego vine a poner en la tierra, ¡y cuánto deseo que ya estuviese ardiendo!* Yo, dice Jesucristo, vine a la tierra para encender en los corazones de los hombres el fuego santo del amor divino y no anhelo más que se propague. Lo único que Dios quiere de nosotros es que le amemos, y por eso la Iglesia nos manda dirigir a Dios esta oración: «Te rogamos, ¡oh Señor! que nos inflame el Espíritu Santo con aquel fuego que nuestro Señor Jesucristo envió a la tierra, y en que quiso incendiarnos». Y ¡qué no hicieron los santos inflamados en aquel fuego! Lo abandonaron todo, delicias, honores, riquezas, cetros, para preocuparse solamente de abrasarse en esta feliz hoguera.

II. ESTA OBLIGACIÓN ES POSIBLE PARA TODOS. — Acaso me preguntes qué es lo que has de hacer para abrasarte en el amor

de Jesucristo... Haz lo que hacía David: *En mi meditación se encendió un fuego*. La meditación es la dichosa hoguera en que se enciende este feliz fuego del amor divino. Ten diariamente oración mental, pensando en la pasión de Jesucristo, y no dudes de que te encenderás en esta feliz hoguera.

III. ESTA OBLIGACIÓN ESTÁ IMPUESTA A TODOS. — San Pablo dice que Jesucristo quiso morir por nosotros para apoderarse de nuestros corazones: *Para esto cristo murió y retornó a la vida, para que así de los muertos como de los vivos tenga señorío*. Quiso dar la vida por todos los hombres, sin excluir a ninguno, escribe el mismo Apóstol, para que ninguno viva ya para sí mismo, sino para el Dios que quiso morir por él: *Por todos murió, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó* (2 Cor. 5,15).

I.º *La mayoría de los hombres no aman a Jesucristo, y la razón es porque no meditan en su pasión ni en su amor* — A la verdad que para responder dignamente a este amor de nuestro Dios se necesitaría que otro Dios muriese por Él, como murió Jesucristo por nosotros. Pero tenemos que exclamar:

¡Oh ingratitud humana! Un Dios quiso dar la vida por la salvación de los hombres, y los hombres se niegan a pensar en este Dios. Si todos pensaran a menudo en la pasión del Redentor y en el amor que les ha demostrado, ¿cómo podrían dejar de amarle de todo corazón? Quien considera con viva fe a Jesucristo clavado con tres clavos en un patíbulo infame, oye cómo las llagas de Jesús le dicen: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente...* Ama, hombre, ama a tu Dios y Señor, que tanto te ha amado. ¿Y quién podrá resistir a tan tiernas llamadas? Dice San Buenaventura que las llagas de Jesucristo son flechas que traspasan los más duros corazones, y flechas inflamadas, que encienden las más frías almas.

«¡Oh si conocieras el misterio de la cruz!», decía el Apóstol San Andrés al tirano que pretendía hacerle renegar de Jesucristo. Que era como decirle: ¡Oh tirano, si conocieras el amor que te manifestó Jesucristo muriendo en la cruz para salvarte, no te cansarías en persuadirme que renegara de Él, sino que tú mismo abandonarías cuanto tienes para consagrarte del todo al amor de Jesucristo.

PERORACIÓN: I.º *Exhortación a meditar diariamente en la pasión de Jesucristo.* — Termino, amadísimos oyentes, recomendándoos que de hoy en adelante meditéis a diario en la pasión de Jesucristo; me contentaría con que lo hicierais al menos por espacio de quince minutos. Hacedos todos con un hermoso crucifijo que presida vuestra habitación y al que de vez en cuando echéis una mirada, diciéndole: «Vos Jesús mío, habéis muerto por mí, y yo aun no os amo». Si un amigo padece por otro injurias, golpes y cárceles, alégrase cuando el amigo lo recuerda y se complace en que lo recuerde y piense y hable de ello con agradecimiento. Y ¡qué dolor experimenta si el amigo no piensa en sus sacrificios ni siquiera quiere oír hablar de ellos!

2.º *Consuelo que proporcionará en la hora de la muerte la devoción que durante la vida se haya tenido a los dolores y muerte de Jesucristo y a los dolores de la Santísima Virgen María.* — ¡Cuánto nos consolarán en la hora de la muerte los dolores y la muerte de Jesucristo si durante la vida los meditamos asiduamente con amor! No aguardemos a que en la hora de la muerte nos pongan en la mano el crucifijo y nos

recuerden lo que Jesucristo padeció por nosotros; abracémosle ya desde ahora y estrechémosle siempre contra el pecho para que podamos vivir y morir con Él. Quien es devoto de la pasión del Señor, no puede dejar de serlo de los dolores de María, dolores que también consolarán en la hora de la muerte. ¡Hermosa meditación la de Jesús en la cruz! ¡Hermosa muerte abrazando a Jesús crucificado y aceptando la muerte por amor de aquel Dios que murió por nuestro amor!

Cómo hemos de amar a Dios

I. LA AMABILIDAD DE LAS PERFECCIONES DIVINAS. — ¿Podía Dios ofrecer a nuestro amor nada más noble, más grande, más poderoso, más rico, más hermoso, más agradecido, más amable y más amante que Él mismo?

¿Quién más noble que Dios? Hay quienes se ufanan de la nobleza de su cuna, que remontan a quinientos o a mil años, al paso que la nobleza de Dios se remonta a toda la eternidad.

¿Quién más grande que Dios, soberano Señor de todas las cosas? Ante Él, ¿en qué

se truecan los ángeles y los más encumbra-
dos nobles de la tierra? *Como gotas de un
cubo y como polvillo en la balanza.*

¿Quién más poderoso que Dios? Puede
todo lo que quiere. Para crear el mundo le
bastó un solo gesto de su voluntad, y otro
solo gesto de su voluntad le bastaría para
destruirlo.

¿Quién más rico que Dios? En Él están
todas las riquezas del cielo y de la tierra.

¿Quién más hermoso que Dios? Ante la
hermosura divina eclípsanse todas las de-
más hermosuras.

¿Quién más generoso que Dios? Dios,
dice San Agustín, desea más dispensarnos
sus bienes que nosotros recibirles.

¿Quién más misericordioso que Dios?
Por miserable que sea el pecador, desde el
punto en que se humilla ante Dios y se arre-
piente de sus pecados, alcanza el perdón de
Dios, que sella al punto las paces.

¿Quién más agradecido que Dios? Nada
de cuanto por Él hacemos queda sin recom-
pensa.

*Conclusión: la alegría de los santos se
cifra en amar a Dios; el suplicio de los con-
denados, en no poder amarle. — ¿Quién
más amable que Dios? Tan amable es, que*

los santos del cielo, con sólo verlo y amarlo, disfrutan de tamaño gozo, que los hace plenamente felices por toda la eternidad. Y aquí estriba la mayor pena de los condenados: conocer la infinita amabilidad de Dios y experimentar que no lo podrán amar.

II. EL AMOR DE DIOS HACIA NOSOTROS. — ¿Quién, finalmente, nos amó más que Dios? En la antigua ley podía el hombre dudar si Dios lo amaba con amor tierno; mas después de haberlo visto morir en cruz, ¿cómo dudaremos de que nos amó con toda ternura y afecto? Levantemos los ojos y miremos a Jesús, verdadero Hijo de Dios, pendiente de clavos en un patíbulo, y comprendemos hasta dónde le ha llevado el amor que nos tenía. Aquella cruz, aquellas llagas, exclama San Bernardo, nos gritan y proclaman cuán verdaderamente nos amaba. Y ¿qué más haría para darnos a comprender el amor excesivo que nos tenía sino vivir treinta años en el sufrimiento y morir luego de dolores en un patíbulo infame para lavar con su sangre nuestros pecados? *Nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros. Nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre.*

Conclusión: le debemos amor por amor.

— San Felipe Neri se preguntaba: «¿Cómo es posible creer en Dios y amar cosas que no son Dios?» Santa María Magdalena de Pazzi, pensando en el amor que Dios tiene a los hombres, púsose cierto día a tocar la campana diciendo que quería citar a todo el mundo para que amara a un Dios tan amante. Esto hacía llorar a San Francisco de Sales cuando decía: «Para amar a nuestro Dios habría que tener en el corazón un amor infinito, y, a pesar de ello, aun el poco amor que tenemos lo damos a viles y miserables criaturas».

III. VENTAJAS QUE NOS PROCURA EL AMOR DE DIOS. — ¡Preciosa cosa es el amor que nos enriquece del mismo Dios! *Tesoro inagotable es para los hombres, y los que se hacen con él estrechan su amistad con Dios.* Una sola cosa debíamos temer, dice San Gregorio Niseno, y es el vernos privados del amor de Dios, y una sola cosa debíamos desear, el hacernos con la amistad de Dios.

1.º *La amistad de Dios e inhabitación de la Santísima Trinidad.* — Para que Dios nos otorgue su amistad se necesita que, en primer lugar, le amemos, por lo que San Lorenzo

Justiniano escribía que mediante el amor el pobre se enriquece, y sin amor se empobrece el rico. ¡Cuánto disfruta el hombre que se siente amado por un gran Señor! Y ¡cuánto mayor consuelo ha de tener al pensar que es amado de Dios! *Yo amo a quienes me aman.* En el alma que ama a Dios habita toda la Santísima Trinidad. *Si alguno me amare, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y a él vendremos y en él haremos mansión.* Escribe San Bernardo que la caridad es, entre todas las virtudes, la que más nos une a Dios. El amor, decía Santa Catalina de Bolonia, es cadena de oro que estrecha nuestra alma con Dios. Y San Agustín había dicho: «El amor es lazo que une al amante con el amado». Si Dios no fuera inmenso y no se hallara en todas partes, ¿adónde iríamos a disfrutar de su presencia? Buscaríamos un alma que le amase, y ciertamente lo encontraríamos en ella, como lo asegura San Juan: *Quien permanece en el amor, en Dios permanece y Dios con él.* El pobre suspira por las riquezas, pero no por ello las llega a poseer; deseará ser rey, pero no por eso llegará a serlo; pero, si quiere poseer a Dios, puede alcanzarlo mediante la caridad: *En Dios permanece, y Dios en él.*

2.º *Todas las virtudes que acompañan a*

la divina caridad. — Santo Tomás nos enseña que el resto de las virtudes va en pos de la caridad; todas le siguen, y ella las gobierna para fortificar nuestra unión con Dios. Por eso San Lorenzo Justiniano llamaba a la caridad *madre de las virtudes*, puesto que de ella provienen todas. De aquí que también San Agustín exclamase: «Ama y haz lo que quieras». Quien ama a Dios es imposible que obre mal, y si obra mal es señal de que ha dejado de amarle. Y cuando se ha dejado de amar a Dios, de nada vale ya todo lo demás, como dice el Apóstol: *Si repartiere todos mis haberes y si entregare mi cuerpo para ser abrasado, mas no tuviere caridad, ningún provecho saco* (1Cor. 13,3).

3.º *El alivio de todas las penas de la vida que el alma acepta y trueca en méritos para el cielo.* — Además, con el amor de Dios no se sienten las penalidades de esta vida. Acontece, dice San Buenaventura, como con la miel, que endulza lo más amargo. Cuando el alma ama a Dios y sufre por Dios, ¡qué suavidad experimenta al decirse: Al abrazar voluntariamente este sufrimiento agrado a Dios; además, todas las penalidades de la vida presente constituirán

un día el más bello ornato de mi corona en el cielo! ¿Quién no aceptará, pues, en pos de Jesucristo, el sufrimiento y hasta la muerte? Él va delante de nosotros, invitándonos a seguirle de cerca con aquellas palabras: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame.* He aquí lo que Él quería obtener de cada uno de nosotros cuando por nuestro amor se humilló hasta padecer ignominiosa muerte de cruz: *Se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*

Qué tenemos que hacer para amarle de todo corazón

Introducción sobre la felicidad y obligación de amar a Dios. — Dice Santa Teresa que Dios hace grande favor al alma llamándola a su amor. Por tanto, ya que Dios nos llama a amarlo, agradezcámoselo y amémosle con todo nuestro corazón. Porque Él nos ama mucho, quiere también que le amemos igualmente, escribe San Bernardo. Para este fin bajó a la tierra el Verbo eterno, para inflamarnos en su divino amor,

como Él mismo dijo, y añadió que no había venido más que para encender el fuego del amor divino en nuestros corazones. Veamos, pues, ahora lo que tenemos que hacer y medios que hemos de adoptar para llegar a amar a Dios de todo corazón.

1.º *Evitemos todo pecado deliberado.* — En primer lugar, evitemos todo pecado deliberado, mortal o venial, porque el Señor dijo: *Si alguno me amare, guardaré mi palabra.* La primera señal del amor es procurarse de no dar el más mínimo disgusto al amado. ¿Cómo podrá decir que ama a Dios de todo corazón quien no teme dar a sabiendas disgustos a Dios, aunque no fuesen sino ligeros? Santa Teresa decía que hay que huir de toda falta deliberada, por pequeña que fuere: «Mas pecado muy de advertencia, son sus palabras, por muy chico que sea, Dios nos libre dél». Dirá alguien que el pecado venial es poco mal. Y ¿qué?, ¿será poco mal disgustar a un Dios tan bueno y que nos ama tanto?

2.º *Deseemos ardientemente amar a Dios.* — Para amar a Dios de todo corazón es necesario, en segundo lugar, desear ardientemente amarle. Los santos deseos son alas que nos hacen volar a Dios, por-

que, como dice San Lorenzo Justiniano, el buen deseo nos da fuerzas para caminar adelante y hace más llevadero el camino hacia Dios, en el cual, como enseñan todos los maestros de la vida espiritual, no adelantar es retroceder. Además, cuando se busca a Dios se le encuentra: *Bueno es Yahveh para el alma que le busca*. Él colma de sus bienes a quien lo busca por amor: *Llenó de bienes a los hambrientos*.

3.º *Resolvámonos a tender al perfecto amor de Dios*. — Tomemos también la resolución de tender al perfecto amor de Dios. Algunos desean ser todo de Dios, pero no se resuelven a adoptar los medios a ello conducentes. De estos tales habla el Sabio al decir: *Los deseos del perezoso le matan*. Quisiera santificarme, dicen; quisiera dejarlo todo por Dios, y, entre tanto, no dan un paso adelante. El demonio, decía Santa Teresa, «ha gran miedo a ánimas determinadas». Mientras no se tome en verdad la resolución de darse del todo a Dios, continuarán tan imperfectas como siempre. Por el contrario, decía Santa Teresa que lo que Dios quiere es tan sólo sincera resolución de santificarse, y Él hará el resto. Quien quiera, por tanto, amar a Dios de todo co-

razón, resuélvase a hacer lo que sea de mayor agrado suyo, sin reservas, y ponga presto manos a la obra: *Todo lo que puedas hacer, con tu fuerza, hazlo*. Lo que puedas hacer hoy, no lo dejes para mañana, sino hazlo lo más presto que te sea dable.

Una monja llamada sor Buenaventura vivía vida tibia en su monasterio romano de Torre de los Espejos; llamóla Dios en el curso de unos ejercicios espirituales a su perfecto amor, y se resolvió a corresponder al punto al llamamiento divino, y así dijo resuelta a su director espiritual: *Padre, me quiero santificar y santificarme al instante*. Y así lo hizo, porque, concurriendo Dios con su gracia, vivió en adelante y murió como una santa. Resolvámonos, pues, y resolvámonos pronto a santificarnos, poniendo para ello cuanto podamos.

II. MEDIOS QUE HAY QUE EMPLEAR PARA AMAR A DIOS PERFECTAMENTE: 1°. *El desasimiento completo*. — El primer medio ha de ser el desasimiento de todo lo creado y arrancar del corazón todo afecto que no sea por Dios.

Los antiguos padres del desierto preguntaban a los que solicitaban agregarse a su

compañía: «¿traes el corazón vacío para que lo pueda llenar el Espíritu Santo?» Si no se saca la tierra del corazón, no podrá Dios entrar en él. Santa Teresa decía: «Despegue el corazón de todas las cosas y busque y hallará a Dios». A pesar de que los romanos, como dice San Agustín, adoraban treinta mil dioses, el senado rehusó admitir a Jesucristo entre el número de los dioses del imperio porque exigía que se le adorase a Él solo, lo que se les hacía algo soberbio. Efectivamente, Dios quiere poseer todo nuestro corazón, y por eso da en extremos de celo, como dice San Jerónimo: «Celoso es Jesús», y he aquí que en el amor no admite rivales. Por esto, comparando la esposa a un jardín, se lee en el Cantar de los Cantares: *Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa*. Por tanto, el alma que quiera ser toda de Dios ha de estar cerrada a todo otro amor que no sea el de Dios.

2.º *Recta intención*. — El Esposo divino, dirigiéndose a la Esposa, le dice: *Me robaste el corazón, hermana mía, esposa; me robaste el corazón con una sola mirada de tus ojos*. Este ojo único significa el único fin que el alma fiel se propone conseguir en todos sus pensamientos, en todas sus obras,

y que no es otro que el de agradar a Dios. Los mundanos, por el contrario, a las veces en sus obras de piedad tienen diversos fines e intereses propios, para satisfacción de otros o satisfacción propia; los santos no miran más que al gusto de Dios y, vueltos a Él, dicenle: *¿Quién sino Tú hay para mí en los cielos?; y si contigo estoy, la tierra no me agrada. Desfallece mi carne y mi espíritu, es de mi corazón roca, y parcela mía Dios para siempre.* Así también debemos obrar nosotros si queremos santificarnos. «¡Qué!, exclama San Juan Crisóstomo, tienes el insigne honor de agradar con esta obra a Dios, y ¿desearás más recompensa que ésta?». ¿Puede, en efecto, la criatura tener más honra que la de agradar a su Creador? Por eso, en cuanto deseemos o en cuanto hagamos, no debemos buscar más que a Dios.

Un piadoso solitario llamado Zenón andaba por el desierto absorto en Dios, y acertó a encontrarse con el emperador Macedonio, que iba de caza; preguntóle el emperador qué es lo que iba haciendo, y el solitario le respondió: «Vos vais a caza de animales, pero yo voy tan sólo a caza de Dios». San Francisco de Sales decía: «El puro amor de Dios consume cuanto no es Dios».

3.º EL AMOR GENEROSO Y SIN RESERVA.

— Además, para amar a Dios con todo el corazón hay que amarlo sin reserva. Cualidades de este amor.

Amor de preferencia. — Amarlo con *amor de preferencia*, es decir preferirlo a cualquier otro bien, resueltos a perder mil veces la vida antes que la gracia de Dios, exclamando con San Pablo: *Seguro estoy que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni cosas presentes ni futuras, ni poderíos ni altura ni profundidad, ni otra alguna criatura será capaz de apartarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús Señor nuestro* (Rm. 8,38).

Amor de benevolencia. — Amarlo con *amor de benevolencia*, deseando verlo amado de todos; por eso, quien ama a Dios debe afanarse en cuanto en su mano esté por hacer que este divino amor prenda en todos los corazones, o al menos ha de rogar al Señor por la conversión de cuantos no le aman.

Amor de ternura. — Hay que amarlo, además, con *amor de ternura*, sintiendo desgarrado el corazón por el disgusto que el pecado causa a Dios más que por todos los males que nos pudieran afligir.

Amor de unión. — Amarlo con *amor de unión*, que es el principal oficio del amor: unir la voluntad de los amantes con la de Dios, diciéndole: «Señor, ¿qué quieres de mí?; todo lo quiero hacer; yo no quiero nada sino sólo lo que vos queráis». Démonos frecuentemente a Dios sin reserva, para que haga de nosotros y de nuestras cosas lo que le plazca.

Amor de sufrimiento. — Éste es el amor que hace conocer a los verdaderos amadores de Dios: *Fuerte como la muerte es el amor.* Escribe San Agustín: «Nada tan duro que no pueda vencer el amor». Porque, prosigue el santo, «no se siente fatiga en hacer aquello que se ama, y si se siente se la halla agradable». San Vicente de Paúl decía también: «El amor se mide por el deseo que se tiene de sufrir y ser humillado por el beneplácito de Dios». Demos gusto a Dios y luego venga la muerte. Piérdase todo y no se desagrada a Dios. Dejémoslo todo para ganarlo todo. «Todo por todo», como escribía Tomás de Kempis.

Amor con la donación entera de nosotros mismos. — Ésta es la razón por la que no nos santificamos, porque no nos damos del todo a Dios. Digámosle, pues, con la Es-

posa de los Cantares: *Mi amado es mío y suya yo*. Dice San Juan Crisóstomo: «Cuando el alma se resuelve por fin a darse del todo a Dios, ¿qué le importan las humillaciones y los sufrimientos, qué todas las cosas creadas? Como no halla descanso en nada terreno, busca sin cesar al amado y en tal encuentro pone todo su empeño».

PERORACIÓN. *Tres prácticas de piedad necesarias.* — 1.º Tres cosas o prácticas de piedad son necesarias para atraer y conservar en nosotros el amor divino: la meditación, la comunión y la oración.

La meditación. — Quien medita poco, ama poco: *En mi meditación se encendió un fuego*. La meditación es la hoguera feliz en que se enciende y se acrecienta el amor de Dios y especialmente la meditación de la pasión de Jesucristo: *Me condujo a la sala del convite enarbolando sobre mí el pendón del amor*. No bien introducida el alma en esta misteriosa sala del convite, bástale mirar a Jesucristo muerto en cruz por ella para sentirse penetrada y como embriagada de celestial amor. En efecto, como dice San Pablo: *Por todos murió, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquél que*

por ellos murió y resucitó (2Cor. 5,15).

2.º *La comunión.* — La comunión es la otra feliz hoguera que nos inflama en divino amor. San Juan Crisóstomo escribía: «La Eucaristía es el ardiente carbón que nos abrasa, de suerte que nos transformamos en otros tantos leones y nos retiramos de tal mesa respirando fuego, terrible, por ende, a los demonios».

3.º *La oración.* — Lo que necesitamos, sobre todo, es la oración, mediante la cual dispensa Dios a todos sus dones, y en especial los dones de su amor. Pidamos, pues, a diario y frecuentemente que Dios nos conceda la gracia de amarlo de todo corazón. Para concedernos su gracias, decía San Gregorio Niseno, quiere que le roguemos, que le hagamos violencia y que le vencamos de algún modo con nuestras importunidades.

Rogar a Jesucristo y a la Santísima Virgen María. — No nos olvidemos de pedir a Jesucristo que nos conceda su santo amor. Pidámoselo también a su divina Madre, la Santísima Virgen María, porque ella es la tesorera de todas las gracias, como la llama el sabio Idiota, y por ella, como dice San Bernardino de Siena, se dispensan los dones y todas las gracias.

SEGUNDA PARTE

Cuánto merece Dios ser amado

Dios es la plenitud de todos los bienes, de todas las gracias, de todas las perfecciones.

Dios es infinito, Dios es eterno, Dios es inmenso, Dios es inmutable.

Dios es poderoso, Dios es sabio, Dios es prudente, Dios es justo.

Dios es misericordioso, Dios es santo, Dios es hermoso, Dios es resplandeciente, Dios es rico, Dios lo es todo.

Es, por consiguiente, dignísimo de amor; pero ¡de qué amor!

* * *

Dios es infinito: Da a todos, sin recibir absolutamente nada de nadie. Todo cuanto tenemos lo tenemos de Dios; mientras que Dios nada tiene de nosotros. —*Tú eres mi Dios* —le dice el Salmista—, *y ninguna necesidad tienes de mis bienes* (Sal. 15,1).

Dios es eterno: Ha sido siempre, y siempre será. Nosotros contamos los días y años de nuestra existencia; pero Dios ni tuvo principio, ni tendrá nunca fin: —*Mas Tú eres siempre el mismo, y tus años no tendrán fin* (Sal. 101,28).

Dios es inmenso, y lo llena todo con su soberana presencia: Cuando nosotros estamos en un punto no podemos estar en otro; pero Dios está en todas partes: en el cielo, en la tierra, en el mar, en el fondo de los abismos, dentro y fuera de nosotros: *Y ¿adónde huiré yo que me aleje de tu espíritu? Y ¿adónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo a los abismos, allí te encuentro* (Sal. 138,7).

Dios es inmutable: Todo lo que eternamente ha querido, lo quiere y lo querrá siempre: —*Yo soy el Señor, y en Mí no cabe mudanza* (Mal. 3,6).

Dios es omnipotente: Y, ante su poder,

el de las criaturas no es más que flaqueza e impotencia.

Dios es sabio: Y, comparada con la suya, la ciencia de todas las criaturas no es más que ignorancia.

Dios es prudente: Y, delante de su prudencia, la de las criaturas no es más que insensatez y desvarío.

Dios es justo: Y, ante la suya, la justicia de todas las criaturas es viciosa: —*Y en sus mismos Ángeles halla defectos* (Job. 4,18).

Dios es santo: Y, ante su santidad, la de las criaturas, por heroica que sea, es infinitamente defectuosa: —*Sólo Dios es bueno* (Lc. 18,19).

Dios es misericordioso: Y, ante su piedad y clemencia, la de cualquier criatura es imperfecta.

Dios es hermoso, soberanamente hermoso: Y, ante su increada arrobadora belleza, la de las criaturas no es más que fealdad.

Dios es resplandeciente: Y, ante los divinos fulgores, el brillo de las criaturas, el mismo sol, no es más que oscuridad y tinieblas.

Dios es rico: Y, ante su riqueza, las de

las criaturas no son más que escasez y miseria.

En suma, *Dios lo es todo*: Y, ante su soberano acatamiento, la criatura más excelsa, la más agraciada, la más admirable, *todas las criaturas juntas, no son nada* (Sal. 38,6).

Es, pues, dignísimo de amor. Y ¡de qué amor!

¡Ah! Dios es tan digno de amor, que todos los Ángeles y todos los Santos de la Gloria no hacen ni harán por toda la eternidad en el Cielo sino amarle, y este mismo amor a Dios los hace y los hará eternamente bienaventurados.

Tan digno es Dios de ser amado, que no puede menos de amarse a Sí mismo. Y en este amor, tan necesario y tan dulce a un mismo tiempo, con que Dios se ama, está cifrada su Bienaventuranza.

Y nosotros, ¿no le amaremos?

¿Cómo le amaban los Santos?

San Francisco Javier se desabrochaba el vestido y se arrojaba al suelo, no pudiendo resistir los transportes del divino amor. San

Estanislao de Kostka se descubría el pecho, teniendo que aplicar paños mojados en agua fría, para que con este refrigerio se templara el ardor que le consumía y acababa por momentos. A San Felipe Neri se le dilató sensiblemente el corazón por la vehemencia de amor divino.

San Francisco de Sales decía: Si yo supiera que en mi corazón hay una fibra que no es para Dios, me la arrancaría al instante, arrojándola lejos de mí.

Santa Catalina de Sena, Santa Teresa, Santa María Magdalena de Pazzi y otras almas fervorosas y enamoradas de Dios como ellas, salían con frecuencia de sí por los ímpetus vehementísimos del divino amor. Santa Magdalena de Pazzi, no contenta con enardecerse en las llamas del amor a Dios, recorría a las veces el monasterio, exclamando con todas sus fuerzas: ¡El Amor no es amado! ¡El Amor no es amado!

Y nosotros, ¡no le amaremos!

* * *

NO AMAMOS A DIOS. ¿SABÉIS POR QUÉ?
Porque le conocemos poco. Los Santos le amaban tanto, porque le conocían mejor que

nosotros. Tratemos, pues, de conocerle también nosotros un poco más; y, para ello, consideremos de cuando en cuando sus divinos atributos y perfecciones; diríjase a Él nuestro espíritu, a lo menos de tiempo en tiempo, siquiera con una simple mirada — como os lo indico en esta obrita—, y a buen seguro nuestros corazones se abrasarán en las llamas del amor santo de Dios.

¡Ah! ¡Y cuánta bondad la de Dios, al permitir, siendo la Majestad Soberana, que le amen criaturas tan viles y mezquinas como nosotros, y, lo que es más, hacernos de ello un dulce precepto!

Al dar el Señor su Ley a Moisés, en la cima del Sinaí, el primer Mandamiento que promulgó fue éste: *Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas* (Dt. 6,5). Y, tras esto, ordenó a todos los que formaban parte del pueblo escogido que, primero, grabaran estas palabras en lo más hondo del corazón, y que, luego, las transmitieran con el mayor celo a sus descendientes: *Y estos mandamientos míos... estarán estampados en tu corazón, y los enseñarás a tus hijos* (Dt. 6,7).

Amémosle, pues, como Él quiere ser

amado, puesto que infinitos títulos tiene para ello; cumplamos, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, este tan apremiante y dulcísimo precepto que se ha dignado imponernos, y que es, como nos lo enseña Jesucristo, *el primero y el más grande* (Mt. 22,38) de toda la Ley divina. Vivamos practicándolo y sepamos morir cumpliéndolo.

Cuánto desea Dios ser amado de nosotros

Nuestro Dios, por el mismo caso que es soberanamente bueno y nos ama tanto, tiene vivísimos deseos de ser amado de nosotros; que por ello, no contento con excitarnos a que le amemos, ya con repetidas y conmovedoras invitaciones en los Sagrados Libros, ya prodigándonos todo linaje de beneficios, así comunes como particulares, ha querido obligarnos a amarle, imponiéndonos mandamiento expreso de ello. Mas: amenaza con el infierno a los que no le amaren, prometiendo la gloria eterna del Cielo a los que le amaren.

Dios quiere que todo los hombres se salven y que ninguno se pierda, como claramente lo enseñan San Pablo y San Pedro en

sus Epístolas. *Dios —escribe el Apóstol— quiere que todos los hombres lleguen a puerto de salvación (1 Tm. 2,4). Y el Príncipe de los Apóstoles: El Señor os da largas esperándoos con paciencia por lo mucho que os ama, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia (2 Pd. 3,9).*

Pero, si quiere Dios que todos nos salvemos, ¿por qué ha creado el infierno? Ha creado el infierno, no para vernos sepultados en sus inextinguibles llamas, sino, cabalmente, para verse amado de nosotros. Con efecto, de no haberse creado el infierno, ¿quién le amaría en este mundo? Si ahora que existe el infierno, la mayor parte de los hombres se precipita deliberadamente en él antes que amar a Dios, ¿quién —vuelvo a decir— quién le amaría, si no hubiese infierno? Así, pues, el Señor ha amenazado con eternos suplicios al que se niegue a amarle a fin de que los que no le amen de buen grado, le amen, al menos, como a viva fuerza y por temor al infierno.

* * *

Fuera de esto, ¿por cuán honrado y di-

choso no se tendría un súbdito que oyera de labios de su rey estas palabras: *¡Ámame puesto que yo te amo!* Un príncipe de la tierra no se dignaría abatir su majestad hasta el punto de reclamar el cariño de un simple vasallo suyo; pero Dios, que es Bondad Infinita y el Dueño Soberano de cuanto existe, infinitamente poderoso, infinitamente sabio, un Dios, en una palabra, digno de infinito amor, un Dios que nos ha colmado de toda suerte de bienes espirituales y temporales, no se desdeña de pedirnos nuestro amor, nos exhorta a amarle, nos lo manda...; y, a pesar de todo, no puede lograrlo. ¿Qué pide, en efecto, de cada uno de nosotros sino que le amemos? *¿Qué pide de ti el Señor, tu Dios, sino que le temas, y andes por sus caminos y le ames?* (Dt. 10,12).

Con este mismo fin vino el Hijo de Dios al mundo a vivir con nosotros, como lo declaró Él mismo por estas palabras: *Fuego vine a traer a la tierra; y ¿qué he de querer sino que levante llama?* (Lc. 12,49). Ponderad señaladamente estas palabras: *Y ¿qué he de querer Yo sino que este divino fuego levante llamas?*, o sea, que se abrasen en él todos los humanos corazones. No parece —como lo advierte Santo Tomás—

sino que este Dios excelso, que posee en Sí mismo una felicidad infinita, no puede ser feliz sin verse amado de nosotros.

* * *

No cabe, pues, ponerlo en duda: Dios nos ama, y nos ama mucho, y porque nos ama mucho, quiere que le amemos de todo corazón; que por eso, dirigiéndose a cada uno de nosotros, dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón* (Dt. 6,5). Ponderemos todas las palabras que añade el Señor a este precepto y que muestran bien a las claras el encendido deseo que tiene de ser amado de cada uno de nosotros: *Y estos mandamientos que Yo te doy en este día estarán estampados en tu corazón... y en ellos meditarás sentado en tu casa, y andando de viaje, y al acostarte, y al levantarte; y los has de traer para memoria ligados en tu mano, y pendientes en la frente ante tus ojos, y los has de escribir en el dintel y puertas de tu casa* (Dt. 6,6).

Quiere Dios que este mandamiento de amarle con todas nuestras fuerzas esté profundamente grabado en nuestro corazón; y, para que nunca le olvidemos, quiere que sea

objeto de nuestras meditaciones cuando estamos sentados en casa o cuando andamos por los caminos, al acostarnos y al levantarnos; quiere que le llevemos, a manera de señal y de recuerdo, ligado en nuestras manos para tenerle constantemente a la vista, en dondequiera que nos hallemos. Por eso los fariseos, tomando literalmente este precepto, escribían las palabras de la Ley en filacterias o tiras de pergamino que llevaban constantemente atadas al brazo y en la frente, como puede verse en San Mateo (Mt. 23,5).

«¡Oh, dardo bienhadado, que introduce en el corazón a Dios, que lo lanza!» —exclama San Gregorio Niseno—. Cuando Dios hace penetrar en el alma un dardo de amor, quiero decir, un rayo de luz, una gracia especial que le da a conocer su bondad, el amor en que por ella se abrasa su Corazón y el deseo que tiene de ser amado, Dios mismo entra en esa alma con el dardo de amor, pues el que lo lanza es el mismo Amor. *Porque Dios es Amor* (1 Jn. 4,8) —dice San Juan). Además, así como el dardo queda fijo en el corazón que ha traspasado, así el Señor, al herir a un alma con su santo amor, viene a ella para permanecer siempre unido al alma así llagada.

Persuadámonos de una vez para siempre, ¡oh, mortales!, de que sólo Dios nos ama con verdadero amor: el amor de nuestros parientes, de nuestros amigos y de cuantos dicen amarnos —fuera de los que nos aman únicamente por Dios— no es amor verdadero, sino un afecto interesado que tiene su raíz en el amor propio.

Sí, Dios mío, reconozco que sólo Vos me amáis y queréis mi felicidad, no por interés, sino por pura bondad, por puro amor para conmigo, y yo, ingrato, a nadie he causado tantos pesares y amarguras como a Vos, que tanto me habéis amado. No permitáis, Jesús mío, que continúe por más tiempo semejante ingratitud. Vos me habéis amado con verdadero amor; con verdadero amor quiero yo amaros lo que me dure la vida. Os diré con Santa Catalina de Sena: No más pecados, Amor mío, no más pecados. Quiero amaros, Dios mío, y no amar sino a Vos.

Dice San Bernardo que el alma que ama a Dios con entrañable amor no puede querer sino lo que quiere Dios. Pidamos al Señor que traspase nuestros corazones con el dardo de su santo amor, pues *el alma así llagada* no tiene ya más voluntad que la de Dios y da de mano a todos los deseos del

amor propio. Este desnudarse de sí, este completo abandono en manos de Dios, es el dardo que atraviesa a su vez el Divino Corazón, como el mismo Señor lo declara a la Sagrada Esposa cuando le dice: *Llagaste mi Corazón, Hermana mía, Esposa* (Cant. 4,9).

* * *

Hermosamente dijo también San Bernardo tratando de lo mismo: Aprendamos a lanzar nuestros corazones a Dios. Cuando un alma hace entera donación de sí misma a Dios, en algún modo lanza su corazón, a manera de dardo, al Corazón de Dios; y Dios desde ese punto tiénese por prisionero del alma que, dándose a Él sin reservas, logró enseñorearse de su Corazón. *Lanzan sus corazones a Dios*: esto es lo que no se cansan de hacer en sus oraciones las almas que se han consagrado por entero a Dios; renuevan constantemente la donación que de sí mismas tienen hecha a la Majestad Divina por medio de ardorosas y ardientes aspiraciones como éstas:

Mi Dios es todo para mí. Dios mío, sólo a Vos os deseo, y nada más.

Señor, me entrego a Vos enteramente; y si no sé hacerlo como debo, apoderaos de mí.

Y ¿a quién amaría yo, Jesús mío, si no os amara a Vos, que habéis muerto por mí?

Llévame, atráeme en pos de Ti. Dulcísimo Redentor mío, sacadme del lodo de mis culpas y atraedme a Vos.

Ligadme, Señor, y estrechadme con las cadenas de vuestro amor, a fin de que nunca más vuelva a abandonaros.

Señor, quiero ser todo vuestro; sí, quiero ser todo vuestro: de Vos depende que lo sea.

¡Ah! Y ¿a quién podría yo desear, sino a Vos, que sois mi Amor, mi Todo?

Ya que os habéis dignado llamarme a vuestro amor, dadme la fuerza de agradaros en todo, como Vos lo deseáis.

¿A quién podría amar yo, si no os amara a Vos, que sois bondad infinita, digna de infinito amor?

Vos me habéis inspirado el deseo de ser todo vuestro: acabad vuestra obra.

¡Ah! Y ¿por quién puedo suspirar yo en este mundo, sino por Vos, que sois el Soberano Bien?

A Vos me entrego sin reservas, aceptad

el don que de mí mismo os hago, y dadme la fuerza que he menester para seros fiel hasta la muerte.

Quiero amaros mucho en esta vida, para amaros mucho en la eternidad.

Jesús, mi Bien, yo Te quiero,
Y entrego tan solo a Ti
Mi corazón todo entero;
Haz lo que quieras de mí.

Cuando uno dice con todas las veras del alma esta jaculatoria, el Cielo entero se regocija.

Por último, dichosa el alma que puede decir sin que los hechos le desmientan: *Mi Amado para mí, y yo para Él* (Cant. 2,16), que es decir, mi Dios se ha dado todo entero a mí, y yo me he dado toda entera a Él; ya no me pertenezco, soy toda de Dios.

Cuando se habla así con toda sinceridad —dice el glorioso San Bernardo—, se estaría dispuesto hasta a sufrir los suplicios del infierno, si en el infierno fuera posible conservar la unión con Dios, antes que verse un solo momento separado del Divino Amante. Sería más llevadero padecer los tormentos del infierno que vivir separado de

Dios.

¡Oh! Y ¡qué rico tesoro es el del amor divino! ¡Dichoso mil veces quien logra poseerlo! Consagra a él todos sus cuidados, y emplea todos los medios necesarios para conservarlo y acrecentarlo. El que no tiene todavía la dicha de poseerlo, debe hacer cuanto esté en su mano para conseguirlo.

Medios de adquirir el amor divino

Veamos ya cuáles son los medios más conducentes para adquirir y conservar el amor divino.

1) Desprendimiento de las criaturas

Consiste el primer medio en desprenderse de todo afecto terreno. Si el corazón está lleno de tierra, el amor de Dios no encuentra espacio en él y cuanto más lo ocupa la tierra, menos puede reinar en él el amor divino. Por eso, quien desee tener el corazón lleno de santo amor, debe esforzarse en arrojar de él todo lo terreno. Para alcanzar la santidad, debemos imitar al Apóstol, que, a

trueque de conquistar el amor de Jesucristo, miraba como estiércol todos los bienes de este mundo: *A todo he dado de mano, y mírolo todo como basura, por ganar a Cristo* (Fil. 3,8). ¡Ah! Pidamos al Espíritu Santo que nos inflame en su divino amor; entonces también nosotros menospreciaremos como vanidades, estiércol y fango, todas las riquezas, los honores y dignidades de aquí abajo, mentidos bienes, por los cuales, desgraciadamente, se pierden la mayor parte de los hombres.

¡Oh! Cuando el amor santo se apodera de un alma, la feliz cautiva no hace ya ningún caso de lo que el mundo aprecia: *Aunque un hombre, a trueque del amor, dé todo el caudal de su casa, lo reputará por nada* (Cant. 7,8). Cuando se ha declarado fuego en una casa —dice San Francisco de Sales— arrójanse los muebles por la ventana; esto es: tan pronto como la llama del amor divino prende en un corazón, ninguna necesidad tiene el hombre ya de advertencias y exhortaciones de predicadores y confesores para dar de mano a los bienes del mundo, honores, riquezas y todo lo de la tierra, sino que lo hace por sí mismo, con el fin de no amar ya sino a Dios. Decía Santa

Catalina de Génova que no amaba a Dios por sus dones, sino que amaba los dones de Dios para amar más a Dios.

Según la expresión de Gilberto, el corazón que ama a Dios encuentra duro e insoportable dividir su afecto entre Jesucristo y el mundo, amar a un tiempo mismo a Dios y las criaturas. Y al decir de San Bernardo, el amor de Dios es insociable, por cuanto Dios no sufre en el corazón compañía alguna; quiérelolo entero para Sí. Y ¿qué? ¿Será por ventura exigente en demasía el Señor, no queriendo que nuestra alma ame cosa alguna fuera de Él?

Cierto que no; pues la soberana Amabilidad debe ser amada en el grado más alto que sea posible —responde el Seráfico Doctor—. Un ser infinitamente amable, infinitamente bueno y que merece infinito amor, justísimamente pretende ser Él sólo amado por un corazón que creó expresamente para que le amara; tanto más, cuanto que sólo con el fin de ser amado exclusivamente, este Dios de bondad llegó al extremo de sacrificarse a Sí mismo por ese corazón, como se expresa San Bernardo: *Se sacrificó todo entero por mi bien y provecho.*

Lo mismo puede decir cada uno de no-

sotros, siendo así que por cada uno de nosotros sacrificó Jesucristo su sangre y su vida, muriendo a puros dolores en lo alto de una cruz, y por cada uno de nosotros; después de muerto, ha dejado su cuerpo, su sangre, su alma, y a Sí mismo todo entero, en el adorable Sacramento del Altar, donde se hace alimento de nuestras almas, para unirnos a todos y a cada uno a su Divina Persona.

¡Oh! y ¡qué feliz es el alma que ha llegado a aquel estado de perfección que nos pinta San Gregorio Magno, en el cual le parece de todo punto insoportable todo lo que no es Dios, objeto único de todos sus amores. Para lograr tanto bien, debemos guardarnos muy mucho de poner nuestro afecto en las criaturas, temerosos de que nos roben una parte del amor que quiere Dios entero para Sí. Aun tratándose de afecto bueno y legítimo, como el que media entre deudos y amigos, es preciso no olvidar lo que decía San Felipe Neri, conviene a saber: *Que cuanto más amemos a las criaturas, menos amaremos a Dios.*

Por todo ello, fuerza es que nos convirtamos en jardines cerrados, como llama el Señor a la Sagrada Esposa en el *Cantar de*

los cantares: Huerto cerrado eres. Hermana mía, Esposa (Cant. 4,12). *Jardín, huerto cerrado* viene a ser el alma que no abre la puerta de su corazón a ningún afecto a las cosas terrenas. Cuando, pues, alguna criatura pretende compartir con Dios la posesión de nuestro corazón, debemos negarle absolutamente la entrada, y volviéndonos en seguida a Jesucristo, hablarle así: Vos sólo, Jesús mío, Vos sólo me bastáis, y sólo a Vos quiero amar, a Vos, *que sois el Dios de mi corazón y mi herencia por toda la eternidad* (Sal. 72,26). Sí, Dios mío, Vos seréis siempre el único Dueño de mi corazón, mi único amor.

Para ello pidamos sin cesar al Señor la gracia de amarle con amor puro. «El amor puro de Dios —dice San Francisco de Sales— consume todo lo que no es Dios, y lo convierte todo en amor».

2) Meditación sobre la Pasión de Jesucristo

El segundo medio de adquirir el amor divino *es meditar la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. Sobre esto puede leerse la

obra que no hace mucho he publicado con el título de REFLEXIONES SOBRE LA PASION DE JESUCRISTO; en ella se trata extensamente de los muchos padecimientos y trabajos que pasó el Señor para redimirnos.

Es lo cierto que, si Jesucristo es tan poco amado en el mundo, débese al descuido y a la ingratitud de los hombres, que no quieren considerar, siquiera de cuando en cuando, lo mucho que el Hijo de Dios se dignó sufrir por nosotros, y el amor que nos demostró con sus padecimientos. «Parece una locura —dice San Gregorio— el que un Dios, el Autor de la vida, haya querido morir para salvar a miserables criaturas, cuales somos los hombres»; y, sin embargo, es de fe que Dios lo ha hecho: *Nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros* (Ef. 5,2) —escribe San Pablo a los Fieles de Éfeso—. Dios ha llevado su dignación hasta querer derramar toda su sangre para purificarnos de nuestros pecados: *Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados en su Sangre* (Ap. 1,5).

¡Oh, Dios mío! —exclama San Buena-ventura—. Tanto que me habéis amado que no parece sino que, por amor mío, hayáis llegado al extremo de odiaros a Vos mismo.

Fuera de esto, Jesús ha querido hacerse nuestro alimento en la santa Comunión. Dios —dice el Angélico Doctor, hablando de este divino Sacramento— se ha humillado abatiendo su majestad soberana ante el hombre, cual si fuera nuestro criado y cada uno de nosotros fuera su Dios.

Tales finezas de amor hacen decir al Apóstol: *La caridad de Cristo nos hace fuerza* (2 Cor. 5,14): el amor que nos a manifestado Jesucristo nos obliga en cierto modo a amarle. ¡Ay! Y ¡qué no hacen los hombres por una criatura de la que se han enamorado! ¡Y a un Dios de infinita bondad, de belleza infinita, a un Dios que nos ha amado hasta el inconcebible extremo de morir por cada uno de nosotros en afrentoso patíbulo, cuán poco se le ama! ¡Ah! Imitemos todos al Apóstol San Pablo, que decía: *Pero a mí líbreme Dios de gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (Gal. 6,14). Y ¿qué mayor gloria puedo ambicionar en el mundo que la de haber sido amado por todo un Dios, hasta el punto de haber dado por mí su sangre y su vida?

Esto mismo deben decir los que tienen fe; y, si se tiene fe, ¿cómo es posible amar

otra cosa que a Dios? ¡Ah! Cuando un alma contempla al Divino Redentor clavado en Cruz, pesando todo su Sagrado Cuerpo sobre las llagas de las manos y de los pies, y expirando a poder de tormentos por nuestro amor, ¿será posible que no se sienta inclinada y como forzada a consagrarle todos los afectos de su corazón?

No: por fría que esté un alma en el amor de Dios, con tal que tenga fe, no concibo cómo puede dejar de sentirse movida a amar a Jesucristo, cuando considera, aunque no sea más que de paso, lo que se halla consignado en las Sagradas Páginas respecto al amor que este Dios Redentor nos ha demostrado, así en la Pasión como en el adorable Sacramento del Altar.

Por lo que hace a la *Pasión*, dícenos el Profeta Isaías que en ella Jesucristo: *En verdad tomó sobre Sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades... Por causa de nuestras iniquidades fue llagado, y despedazado por nuestros crímenes y demasías* (Is. 52,4). Es, pues, de fe que el Hijo excelso de Dios quiso tomar sobre Sí y sufrir las penas que nos eran debidas, para librar-nos de ellas. Y esto, ¿por qué lo hizo, sino para declararnos el amor que nos tiene? Así

nos lo enseña el Apóstol: *Cristo nos amó* —dice— *y se entregó a Sí mismo por nosotros* (Ef. 5,2). *Nos amó* —añade San Juan— *y nos lavó de nuestros pecados con su Sangre* (Ap. 1,5).

En cuanto al augustísimo *Sacramento de la Eucaristía*, el mismo Señor dijo a todos los hombres al instituirle: *Tomad y comed; Éste es mi Cuerpo* (1 Cor. 11,24). Y en otra ocasión: *El que come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mí mora y Yo en él* (Jn. 6,57).

Y ¿podrá leer estas palabras un hombre que tiene fe sin sentirse como forzado a amar a este Redentor dulcísimo, que, después de haber sacrificado su sangre y su vida en aras de su amor al hombre, se ha dignado dejar su adorable Cuerpo en el Santísimo Sacramento del Altar para hacerse alimento de su alma y unirse a él enteramente en la Santa Comunión?

* * *

Terminemos este punto con otra corta reflexión sobre la Pasión del Señor. Muéstrasenos Jesucristo pendiente de una cruz, atravesado con tres clavos, arroyado en sangre todo su sacratísimo Cuerpo, y

agonizando en medio de un piélago de dolores. Y yo pregunto: ¿Por qué el Dios Humanado se ofrece a nuestras miradas en un estado tan conmovedor? ¿Es sólo para excitar nuestra compasión? No, por cierto: si quiso reducirse a tan lastimoso estado, no fue tanto para enternecernos con sus padecimientos, como para que le amásemos. Harto nos había obligado a amarle al declararnos que nos ama desde toda la eternidad. *Te amé* —dice a cada uno de nosotros— *con eterno amor* (Jr. 31,3). Mas, al ver que esto no bastaba para arrancarnos de nuestra tibieza, y con el fin de inducirnos a amarle como Él lo deseaba, quiso probarnos de una manera práctica y con hechos el amor que nos tenía; y, para ello, se presentó a nuestra vista cubierto de heridas y acabado de dolores en las agonías de la muerte por nuestro bien y remedio, a fin de hacernos comprender el tierno e inmenso amor en que por nosotros se abrasa su Corazón. Que es, cabalmente, lo que por admirable manera expresa San Pablo al decir: *Cristo Jesús nos amó, y Se entregó a Sí mismo por nosotros* (Ef. 5,2).

3) Conformidad con la voluntad de Dios.

El tercer medio de llegar al perfecto amor de Dios consiste en *conformarse en un todo con su santísima voluntad*. El que ama perfectamente a Dios —dice San Bernardo— no puede querer sino lo que Dios quiere. Muchos son, en verdad, los que dicen con los labios que están en un todo resignados en el divino querer; pero luego, al sentirse heridos por el dardo de la tribulación, como si —pongo por caso— les sobreviene una enfermedad muy molesta, muéstranse inconsolables. No obran así las almas verdaderamente resignadas, las cuales, en todos los sucesos de la vida, dicen invariablemente: ¡Tal es, o tal ha sido, el beneplácito del Amado!; tranquilizándose al punto con este pensamiento. Todo es dulce para el que ama a Dios —dice San Buenaventura—. Estas buenas almas saben muy bien que nada sucede en el mundo sin orden o permisión de Dios; y así, en cualquier acaecimiento o contingencia, sea cual fuere, inclinan la frente con humildad, mostrándose siempre contentas y satisfechas con lo que el Señor es servido disponer. Si bien no quiere Dios que nadie nos persiga y nos

perjudique, quiere, sin embargo, que suframos con paciencia las vejaciones y las pérdidas que experimentemos.

Si Dios me lanzara al fondo del infierno —decía Santa Catalina de Génova— todavía exclamaría: Bueno es que aquí me encuentre (Mt. 17,4); bástame tener la seguridad de que así lo ha dispuesto Aquél a quien amo y de quien soy amada más que cualquier otro: -Él sabe mejor que yo lo que me conviene. ¡Oh! Y ¡cuán bueno y gustoso es descansar en brazos de la voluntad divina!

Dice Santa Teresa: «Toda la pretensión de quien comienza oración —y no se os olvide esto, que importa mucho— ha de ser trabajar, y determinarse, y disponerse, con cuantas diligencias pueda, a hacer su voluntad conformar con la de Dios, y... estad muy ciertas que en esto consiste la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual» (Morad. II).

Así, pues, debemos repetir sin cesar la plegaria del santo rey David: Señor, ya que queréis que me salve, *enseñadme a cumplir vuestra voluntad* (Sal. 142,10). El acto más perfecto de amor que puede brotar del corazón de un hombre es el que hizo San Pablo cuando, en el acto de convertirse, ex-

clamó: *¡Señor! ¿Qué queréis que haga?* (Hech. 9,6). Que fue decir: Hablad, Señor, y declaradme lo que de mí queréis, pues estoy pronto a hacerlo. Este acto vale más que mil ayunos y mil disciplinas.

Por consiguiente, el único blanco a que han de mirar todas nuestras obras, todos nuestros deseos, todas nuestras oraciones, debe ser el cumplimiento de la divina voluntad. Nuestras plegarias a la Divina Madre, a los Ángeles de la Guarda, a nuestros santos Patronos, han de tener por fin alcanzar la gracia de hacer la voluntad de Dios. Y cuando el Señor dispusiere que nos sobrevengan tribulaciones o algo que contraríe nuestro amor propio, es llegado el momento de atesorar, por medio de un acto de resignación, riquísimo caudal de méritos; acostumbrémonos a imitar en tales casos a Jesucristo, repitiendo sus mismas palabras: *El cáliz que me presenta mi Padre, ¿no lo tengo de beber?* (Jn. 18,2). O bien: *Sí, Padre mío; Yo Te bendigo y glorifico por haber sido de tu agrado que fuese así* (Mt. 11,26). Señor, ya que Vos os habéis agrado en ello, también yo me agrado. O digamos, por último, con el Santo Job: *Tal fue la voluntad del Señor; bendito sea su santo*

Nombre (Job. 1,21). Decía el Beato Juan de Ávila: «Vale más un *¡bendito sea Dios!* dicho en la adversidad que mil acciones de gracias en la prosperidad.»

Concluycamos repitiendo lo que decíamos más arriba: ¡Oh! Y ¡qué bueno y deleitoso es descansar en brazos de la voluntad de Dios! Porque entonces tienen cabal cumplimiento las palabras del Espíritu Santo: *Ningún acontecimiento podrá apesadumbrar al justo* (Pr. 12,21).

4) Meditación

El cuarto medio para abrasarse en las llamas purísimas del amor divino es *la meditación*.

Las verdades eternas no pueden verse con los ojos del cuerpo, como los objetos materiales, sino únicamente por medio del pensamiento y la consideración; y, de consiguiente, si no consagramos algún tiempo a la meditación de las verdades eternas y, señaladamente, a considerar lo muy obligados que estamos a amar a Dios, ya por sus soberanas perfecciones, ya por los innumerales beneficios de que nos ha colmado, ya

por el amor de que nos tiene dadas tan claras e inequívocas pruebas, difícilmente llegaremos a desprendernos de las criaturas y a consagrarle todos los afectos de nuestro corazón. En la meditación, el Señor nos da a conocer la nada de todo lo terreno y el valor de los bienes celestiales; en ella inflama en su amor los corazones que no resisten los atractivos de su gracia.

Cierto que muchas personas se lamentan de que se dan a la oración y, sin embargo, no encuentran en ella a Dios. Esto se debe a que van a este santo ejercicio con el corazón lleno de afectos terrenos. «Despegue el corazón de todas las cosas —escribía Santa Teresa—; busque, y hallará a Dios». El Señor es todo bondad para los que le buscan. *Bueno es el Señor..., para las almas que le buscan*. Por consiguiente, si un alma quiere hallar a Dios en la oración, ha de romper los lazos que la tienen atada a la tierra; entonces Dios le hablará, como lo declara Él mismo por estas palabras: *La llevaré a la soledad y le hablaré al corazón* (Os. 2,14). Y aquí advierte San gregorio que, para hallar a Dios, de poco sirve la soledad del cuerpo, si no va acompañada de la soledad del corazón. El Señor dijo un día

a Santa Teresa: *De buena gana hablaría Yo a muchas almas; pero las cosas del mundo meten tanto ruido en su corazón, que no se dejaría oír en él mi voz.*

¡Oh! Desde el momento mismo en que un alma desprendida entra en oración, ¡cómo se comunica Dios a ella, dándole a conocer al propio tiempo lo mucho que la ama! «Entonces —dice San Lorenzo Justiniano— el alma se abrasa en divinos incendios de amor; no habla, pero ¡cuánto dice con su silencio! El silencio de su caridad dice más a Dios que toda la elocuencia humana; cada uno de sus supiros descúbrelle todo su interior». Así endiosada, no se cansa de repetir: *Mi amado es para mí y yo para Él* (Cant. 2,16).

5) Oración

El quinto medio de llegar a un alto grado de amor divino es *la oración*. Somos pobres, faltos de todo; pero, si nos encomendamos a la Divina Clemencia, seremos ricos, nada nos faltará, ya que Dios tiene prometido atender al que le ruega: *Pedid, y se os dará* (Mt. 7,7). ¿Qué mayor muestra de

afecto puede dar un amigo a otro que decirle: Pídeme lo que quieras y te lo daré? Pues esto dice el Señor a cada uno de nosotros. Dios es el soberano Dueño de todas las cosas y promete concedernos cuanto le pidamos; si vivimos en la indigencia, es por culpa nuestra; porque no le pedimos las gracias que hemos menester. Que por eso la oración mental o meditación es moralmente necesaria a todos, ya que, prescindiendo de la oración o reflexión cristiana, abstraídos por negocios y cuidados del mundo, poco es lo que pensamos en nuestra alma; al paso que teniendo oración, conocemos las necesidades de nuestra alma, pedimos las gracias que nos faltan y, por el mismo caso, las alcanzamos.

La vida de todos los Santos ha sido una vida de oración y de plegarias, y todas las gracias, merced a las cuales lograron santificarse, obtuviéronlas con sus oraciones. Si queremos, pues, salvarnos y santificarnos, debemos estar de continuo a las puertas de la Divina Misericordia pidiendo de limosna con fervorosas súplicas cuanto nos sea necesario para ello. ¿Necesitamos humildad? Pidámosla, y seremos humildes. ¿Necesitamos paciencia? Pidámosla, y se-

remos sufridos. ¿Deseamos amor divino? Pidámoslo, y lo alcanzaremos. *Pedid, y se os dará* —es la promesa que Dios nos tiene hecha y a la cual no puede faltar.

Para inspirarnos todavía mayor confianza en la oración o plegaria, Jesucristo nos ha empeñado su divina palabra de que todas las gracias y mercedes que pidamos a su Padre Celestial en nombre suyo, o por su amor, o por sus méritos, nos serán indefectiblemente otorgadas: *De verdad, de verdad os digo: si algo pidiéreis al Padre en Mi Nombre, os lo concederá* (Jn. 16,23). Y, en otro lugar, el Señor se expresa así: *Si algo Me pidieréis en Mi nombre, conviene a saber, por mis méritos, Yo lo haré* (Jn. 14,14). En efecto, es de fe que Jesucristo, siendo como es Hijo de Dios, tiene el mismo poder que su Padre Celestial.

Oración de San Buenaventura a Jesús Crucificado para alcanzar su santo amor

Amabilísimo Jesús mío, traspasad lo más íntimo de mi ser con el dulce y saludable dardo de vuestro amor, a fin de que languidezca y me consuma de amor para con

Vos, y suspire por Vos, y arda en deseos de salir de este mundo para unirme perfectamente con Vos en la eternidad. Haced que mi alma tenga siempre hambre y sed de Vos, os busque sin cesar, no hable sino de Vos, os encuentre y lo refiera todo a vuestra gloria. Dadme, Señor, que mi corazón permanezca siempre unido a Vos, que sois mi única esperanza, mi riqueza, mi paz, mi refugio, mi herencia y mi tesoro.

Oración a la Santísima Virgen para alcanzar por su intercesión el amor a Jesucristo y una buena muerte.

¡Oh, Virgen María! Vos que deseáis tan ardientemente ver amado a Jesucristo, alcanzadme la gracia de amarle mucho y de no amar sino a Él. ¡Oh, excelsa Reina mía! Vos alcanzáis de este vuestro divino Hijo cuanto queréis. ¡Ah! Rogadle por mí y consoladme. Obtenedme también un grande amor a Vos, que sois la predilecta de Dios. Y por el dolor que sufristeis en el Calvario viendo expirar a Jesús en la cruz en presencia vuestra, alcanzadme una buena muerte, a fin de que amándoos en este

mundo a Jesucristo y a Vos, tiernísima Madre mía, logre la dicha de ir a amaros eternamente en el Cielo.

Señales ciertas por las que puede cada uno reconocer en sí mismo el amor de Dios

En la Sagrada Escritura el amor divino es comparado al fuego. Para declararnos que había venido a traernos el santo amor de Dios, Jesucristo se expresa en estos términos en el sagrado Evangelio: *Fuego he venido a traer a la tierra* (Lc. 12,49). Y en el Apocalipsis Dios mismo nos aconseja que nos proveamos de oro afinado en el fuego por estas palabras: *Aconséjote que compres de Mí oro afinado en fuego* (Ap. 3,18), o se el amor santo.

El fuego tiene dos propiedades: resiste a cuanto le es contrario, es decir, al soplo y al viento, los cuales, lejos de apagarlo lo avivan y enardecen; además, es activo, no puede dejar de obrar, si realmente es fuego. He aquí, pues, dos señales ciertas, incontestables, para conocer en nosotros mismos el santo amor de Dios: las OBRAS y la PACIENCIA.

¿Referimos todas nuestras acciones a Dios, a lo menos con la recta intención de hacer en todo su santísima voluntad? ¿Sufrimos gustosos por Él toda suerte de adversidades: pobreza, tribulaciones, enfermedades, etc.? En vez de alejarnos de Él con semejantes trabajos, ¿nos unimos más estrechamente a su corazón? En tal caso, poseemos el santo amor de Dios: nuestro amor es un fuego que obra y que resiste a los obstáculos.

De otro modo, no: nuestro amor a Dios no sería verdadero, sería falso; sería un amor de lengua, no de corazón. Contra esto nos previene San Juan escribiendo a los fieles de su tiempo: *Hijitos míos*, (¡cuán tierna caridad encierran estas expresiones!), *no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad* (1 Jn. 3,18).

«Si el amor no obra —dice San Gregorio—, no es amor». Oigamos al mismo Jesucristo: *Quien ha recibido mis mandamientos y los guarda, ése es el que Me ama* (Jn. 14,21). Y San Agustín añade: «Lo más duro y amargo tórnalo facilísimo y casi nulo el amor».

Si obramos, pues, siempre por Dios, como queda dicho; si guardamos sus divi-

nos preceptos, si los observamos con toda exactitud, así como los mandamientos de la Santa Iglesia, los deberes de nuestro estado y todas nuestras obligaciones particulares; si arrostramos con valor, y aun con alegría, por Dios, todas las dificultades que se nos atraviesan de por medio en el camino del bien, por más que ello nos cueste, podemos decir que nuestro corazón atesora el amor de Dios: nuestro amor es fuego que obra y resiste a los obstáculos.

De lo contrario, no: nuestro amor no sería verdadero, sería falso; sería amor de lengua y no de corazón. *Hijos míos, no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad.*

* * *

Veamos algunos ejemplos más prácticos. Se te presenta la ocasión de realizar una ganancia, pero es injusta; de permitirte una satisfacción, pero está prohibida. Los deberes de tu estado te parecen una carga abrumadora; tus ocupaciones te hastían. Y tú, para dar gusto a Dios, renuncias a aquella gracia, das de mano a aquel goce; a pesar del tedio que sientes, trabajas y cumples con

todas tus obligaciones, puedes lisonjearte de que tu corazón atesora el santo amor de Dios: tu amor es fuego que obra.

De lo contrario, no: tu amor no sería verdadero, sería falso; sería amor de lengua, no de corazón. *Hijitos míos, no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad.*

Vayamos más lejos. Te sobreviene una desgracia inesperada; de improviso se te echa encima un pleito, del que depende toda tu fortuna; la muerte te arrebatara repentinamente una persona en quien tenías cifradas todas tus esperanzas, que es tu único sostén. Y tú, sin vacilar un punto, lo ofreces todo al Señor, y todo lo soportas hasta con alegría —posees el riquísimo tesoro del amor de Dios: tu amor es fuego que resiste a los obstáculos.

De otro modo, no: tu amor a Dios sería amor de lengua no de corazón: *Hijitos míos, no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad.*

* * *

¡Oh! En cuestión de amor, *el sufrimiento* es señal harto más segura que la acción.

El que obra, cierto que trabaja en bien de la persona amada, y ello es prueba de que la ama; pero el que sufre se olvida de sí mismo por la persona amada, y es señal de que la ama mucho más.

Por medio de esta prueba quiso el Señor que se manifestara de extraordinaria manera el amor que le tenía el Santo Job.

Sin duda que Job se abrasaba y consumía en el sagrado fuego del amor a Dios; pero ¿cuándo se descubrió verdaderamente que así era? ¿Fue acaso cuando se miraba cercado de la brillante corona de una numerosa descendencia, nadando en la abundancia y gozando de perfecta salud? Ciertamente sí, aun en estos días de prosperidad y bonanza; porque nunca se olvidaba de reconocer y confesar que lo debía todo a la Divina Munificencia; tributábale gracias a ese Dios de bondad, ofreciéndole sacrificios y no faltaba a ninguno de sus deberes, dando saludables consejos y avisos a sus hijos y rogando continuamente por ellos, temeroso de que alguna vez llegaran a ofender al Señor. *No sea —decía— que mis hijos hayan pecado* (Job. 1,5).

Pero su amor a Dios se mostró verdaderamente heroico, cuando, para aprobar su

grandeza, el Señor le privó en un punto de todos sus bienes, hizo que a la misma hora murieran todos sus hijos y que perdiese la salud, hasta el punto de que, tendido en un estercolero y cubierto de llagas desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, vióse reducido a raerse con un casco de teja la podredumbre que había invadido sus miembros.

Y, en medio de tan horribles desventuras, de aflicciones tan inauditas, Job no hizo más que repetir, con una paciencia invencible y cada vez más asombrosa: *El Señor me había dado todos esos bienes, el Señor me los ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor* (Job. 1,21).

Pero, ¿a qué traer el ejemplo de Job? El mismo Jesucristo, al ir a dar comienzo a su Pasión, dijo a los Apóstoles: *Para que conozca el mundo que amo a mi Padre, levantaos, y vamos* (Jn. 14,31).

Ved aquí la señal más segura e incontestable del verdadero amor de Dios: *la paciencia*, sobrellevar por Dios con inalterable paz y santa resignación toda suerte de padecimientos.

* * *

Los Santos nos han dejado, acerca de este punto, sentencias y ejemplos muy notables.

«¡O sufrir o morir!» —exclamaba Santa Teresa—; y Santa María Magdalena de Pazzis: «¡Sufrir, y no morir!»; y San Juan de la Cruz: «¡Sufrir, y callar!».

Los santos mártires provocaban a los verdugos a atormentarlos y a las fieras a devorarlos.

Santa Liduvina sufrió gozosa, durante treinta y ocho años, una dolorosísima enfermedad.

Santa Francisca Romana soportó de buen grado el destierro de su esposo y la confiscación de todos los bienes de su casa; y San Juan de la Cruz una dura prisión por espacio de nueve meses, junto con otras mil incomodidades y humillaciones a cual más insoportable.

Ésta, ésta es la señal más segura e incontestable del verdadero amor de Dios: la paciencia, sobrellevar por Dios con santa resignación e inalterable paz toda suerte de padecimientos.

* * *

¡Oh! ¡Dichoso, en verdad, una y mil veces, el que en estas dos señales, a todas luces seguras —las obras y la paciencia, obrar y sufrir por Dios—, conoce que posee el tesoro del divino amor!

Todo el oro del Universo —dice el Espíritu Santo en el Sagrado Libro de la Sabiduría— *parangonado con el menor grado de amor divino, no es más que un puñado de arena* (Sb. 7,9); o, mejor: *todas las riquezas de la tierra, comparadas con el menor grado de ese amor santo, nada representan* (Ibid, 8).

Pero, ¿qué digo: todo el oro, todas las riquezas del Universo? Todos los dones sobrenaturales, aun los más sublimes y soberanos, nada significan sin el amor de Dios. Así lo enseña el Apóstol San Pablo, que, poseyendo este santo amor en tan alto grado, tan bien conocía su imponderable valor.

Si yo tuviera —dice— el don de lenguas: *si hablara*, no sólo todas las lenguas de los hombres, sino también el admirable *lenguaje de los Ángeles y no poseyera el santo amor de Dios, no sería más que un metal que suena o campana que retiñe.*

Cuando tuviera, en el más alto grado,

el don de profecía, hasta el punto de penetrar las profundidades de los más sublimes misterios; cuando tuviera el don de todas las ciencias, y un don de fe tan grande, que, arrancándolos de sus asientos, trasladase de una a otra parte los montes, si no tuviere caridad, nada soy (1 Cor. 13,1).

Y esta hermosa virtud de la caridad, del santo amor de Dios, es la reina de todas las virtudes; ella reina y reinará eternamente.

La *fe*, después de la muerte, tendrá su galardón: verá lo que habrá creído; y así, en el Cielo no habrá fe.

La *esperanza*, después de la muerte, tendrá su galardón, poseyendo lo que ha esperado; y así, en el Cielo no habrá esperanza.

La *caridad*, empero, si bien después de la muerte tendrá también su galardón, reinará eternamente: en su inmensa bienaventuranza, proseguirá amando por eternidades sin fin a aquel Dios soberano, a quien habrá amado aquí en la tierra.

¡Dichoso, pues, una y mil veces, el que, en estas dos señales, a todas luces seguras e incontestables —las obras y la paciencia, obrar y sufrir por Dios—, pueda conocer que posee el santo y verdadero amor de Dios!

Concluyamos. Amemos todos, sí, amemos todos juntos y cada uno en particular, tanto y como queda declarado, a Dios Nuestro Señor. En todo cuanto hagamos no perdamos nunca de vista a este nuestro amantísimo Dios; conformémonos con su adorable voluntad, con su soberano beneplácito, en cada una de nuestras acciones y, por último, llevemos no sólo con paciencia, sino con alegría, todo lo que contraríe nuestro amor propio y natural sensibilidad.

Con este sólo y único fin de amar a Dios hemos sido criados y puestos en el mundo.

A este solo y único fin hemos de enderezar, mientras nos dure la vida, todos nuestros esfuerzos y toda nuestra solicitud.

No apreciemos sino el amor de Dios; sea este amor santo el objeto único de nuestras encendidas y frecuentes plegarias, y digamos a menudo todos y cada uno: *Dadme, Señor, vuestro amor; sí, dadme sólo vuestro amor y vuestra santa gracia: con ello soy bastante rico, y nada más os pido.* Tal era la oración que dirigía de continuo al Señor aquel gran Santo, cuyo corazón era una ascua viva de divino amor, el glorioso San Ignacio.

Acto de caridad perfecta en pocas palabras y para ser repetido con frecuencia

Os amo, Dios mío, sobre todas las cosas, en todas las cosas y de todo corazón, porque merecéis infinitamente ser amado.

Camino de Santificación o Máximas de los Santos para hacerse Santos

1. Por regla general, niega a la naturaleza lo que te pida sin necesidad.

2. Oblígala a lo que sin razón se necesita.

3. ¿Te pide algunos minutos más de descanso a la hora de levantarse? —Niégate hasta un segundo.

4. ¿Te sugiere buscar mayor comodidad cuando estás sentado o acostado? —No la escuches.

5. ¿Te mueve a que busques apoyo durante la oración? —No lo hagas.

6. ¿Te inclina a que la abrevies? —Prolóngala, si te es posible.

7. ¿Hay un bocadito que te gusta en el plato que te sirven? —Déjale para otro y haz este pequeño sacrificio por Jesús, que por ti se sacrificó.

8. ¿Tienes hambre? ¿Sientes mucha sed?
—Espera un poco: come con lentitud.

9. ¿Estás triste, tienes ganas de llorar?
—Pues canta y véncete por amor de Dios.

10. ¿Te hallas de mal humor? —Ríe, si puedes.

11. ¿Sientes prurito de hablar, de decir un chiste? —Cállate por amor de Jesús.

12. ¿Te sientes tentado de enfadarte? —Procura mostrarte dulce y afable.

13. ¿O bien de vengarte? —Devuelve bien por mal.

14. ¿O de poner mala cara a alguien? —Hazle buen rostro.

15. ¿O de hablar mal de alguna persona? —Habla lo mejor que puedas de ella: a lo menos, guarda silencio.

16. ¿O de evitar un encuentro? —Vén-cete no vuelvas atrás, salúdala.

17. ¿Deseas hablarle con dureza? —Háblale con dulzura.

18. ¿Quisieras decir algo desagradable? —Muéstrate afable y servicial.

19. ¿Te cuesta, por amor propio o por pereza, hacer un favor? —Doble motivo para ejecutarlo.

20. ¿Te impacienta todo? —Ten el humor siempre igual.

21. ¿Deseas seguir el impulso de tu corazón, hablar, obrar cuando te hallas agitado? —Espera, deja pasar la tormenta.

22. ¿Quieres ir de prisa, hacer pronto tus devociones, ejecutar algo en seguida? —Anda despacio.

23. ¿Se cuenta algo interesante de poca o ninguna utilidad para tu alma? —Procura no prestar atención por amor de Jesús.

24. ¿Se presenta a tu paso algún objeto que todo el mundo quiere ver? —No mires, ni des un paso por verlo.

25. ¿Tienes ganas de coger una flor y de olerla? —Abstente de ello, Jesús te lo pide.

26. ¿Quisieras comer una fruta, un dulce? —Sacrifícalo al Divino Esposo, que te dará ciento por uno.

27. ¿Quieres comer o beber entre comidas? —No lo hagas; eso es sensualidad.

28. ¿Te quisieras calentar sin gran necesidad? —Huye del fuego por evitar el del infierno.

29. ¿Tienes costumbre de quejarte cuando padeces? —Bendice a Jesús que te da esa cruz por tu bien, o al menos sufre en silencio.

30. ¿Estás tentado de murmurar cuando

te ves humillado o tienes contrariedades? —Di con gana o sin ella: mejor para mí, venga en buena hora.

31. ¿Te quieres disculpar? —Acúsate el primero tú, o bien guarda silencio.

32. ¿Es el frío, el calor o la lluvia lo que te molesta y mortifica? —Di con el Profeta: frío, calor, lluvia, bendecid al Señor.

33. ¿Sientes, muy a pesar tuyo, frío y seco tu corazón? —Bendice igualmente a Dios.

34. ¿Te has dado algún golpe o hecho algún daño? —Di, tanto mejor, aunque sea llorando, si no puedes contener las lágrimas.

35. ¿Te lleva la vanidad a mirarte al espejo o a componerte? —Piensa que el Divino Esposo te mira con lástima y te avergonzarás de hacerlo.

36. ¿Ansías leer una carta que acabas de recibir? —Espera siquiera una hora para abrirla.

37. ¿Quisieras hacer algo que mucho te gusta? —No lo hagas.

38. ¿No te quisieras molestar en ir a una parte? —Pues ve.

39. ¿Quieres vivir? —Ofrece a Dios tu vida.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Del amor del Padre al crearnos	3
Amor del Hijo al redimirnos	7
Amor del Espíritu Santo al santificar- nos	12
Cuán grande es el amor que nos ha manifestado Jesucristo	16
Cuán obligados estamos a devolverle amor por amor	23
Cómo hemos de amar a Dios	27
Qué tenemos que hacer para amarle de todo corazón	33

SEGUNDA PARTE

Cuánto merece Dios ser amado	43
¿Cómo le amaban los santos?	46

Cuánto desea Dios ser amado de nosotros	49
Medios de adquirir el amor divino	58
1) Desprendimiento de las criaturas	58
2) Meditación sobre la Pasión de Jesucristo	62
3) Conformidad con la voluntad de Dios	68
4) Meditación	71
5) Oración	73
Señales ciertas por las que puede cada uno reconocer en sí mismo el amor de Dios	77
Camino de santificación o Máximas de los Santos	87
Para hacerse santo	87